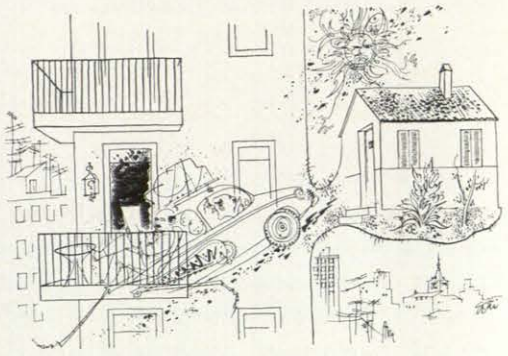
CARMEN CASTRO.



LA SEGUNDA CASA

La segunda casa: una construcción testigo de nuestro tiempo. Exponente de una conducta ilógica (ilógico no significa ilegal). Exponente clarísimo de la hoy llamada arquitectura de consumo en su versión "para uso esporádico", en sí misma muy poco valiosa y pocas veces válida en cuanto Arquitectura. (De estas notas mías quedan excluidas todas las construcciones sin par y admirables que todos admiramos y valoramos debidamente.)

Vista al por mayor esta arquitectura de las segundas casas satisface en muy pocas construcciones, y en menos entornos, pero entusiasma a millones de personas, aunque nos preocupe a unos cuantos seres. (No sé quiénes somos, si personas o tan sólo entes mentales, los grandes preocupados, los denominados *grandes nerviosos*. No sé cuántos, ni quiénes somos, ni tampoco qué personas somos quienes sentimos por ejemplo profundo malestar ante el *boom* de las segundas casas a lo largo de la silueta peninsular, y en tierra interior bellísima de nuestro país.)

Quede aquí constancia de que deseo una sociedad en que sea posible para cada criatura humana vivir a cubierto en recintos donde quepa su cuerpo moviéndose, y su espíritu en acción—espacio y condiciones de ambiente sabidas—. Y esto durante todo el año. La segunda casa debe llegar a ser posible para ciertos tiempos del año. Pero estas actuales segundas casas desvían dema-

siado de la meta que yo acabo de formular: son casas que, en mi sentir, entorpecen la construcción de rigurosas viviendas, y por sí misma no dan de vivir a quienes más merecen o merecen tanto como los demás, vivienda apta para sus vidas.

Antes, la segunda casa era la primera: la casa solar de los mayores, la casa de campo, villa, población, en la que se había forjado la familia en más o menos siglos, y de la que vivía la familia en la ciudad grande, en la corte, en la capital.

La casa solariega era centro de recaudación de los bienes del campo, a veces; centro de un determinado negocio industrial, artesanato..., centro, en fin, de la empresa de la familia, fondo que casi siempre le permitía subsistir económicamente.

En ocasiones era, además, la casa en que todavía vivían esos familiares, deudos y allegados, que se negaban a vivir en la ciudad o eran necesarios por sí mismos en la casa, o la familia de la ciudad les consideraba como personas no transportables, personas no adecuadas para el vivir entreverado que exigía ciertamente la ciudad y que sigue exigiendo; sólo que hoy el trasplantado de campo o de lugarejo a ciudad se adapta al medio vertiginosamente. La ciudad, por sí misma, no repele en nuestros días a ningún humano. Cualquier discriminación que con respecto a ella se realice es obra de los ciudadanos, atentos a su máximo bienestar: nunca está motivada por *el hecho ciudad*.

Así, esta casa primero de campo, de mar, de lugarejo, de villa, de poblacho... tenía una razón de ser. Y puesto que en pie y en uso estaba, servía durante todo el año para albergar las convalecencias de enfermedades deteriorantes, para reclusión de personas anejas a la familia, que en determinado momento sobraban a todas luces en la casa de la ciudad, y a las que se les ofrecía, nada menos, que morar en la primera morada de la familia, en el solar de... Y, naturalmente, esta casa servía para las largas vacaciones de los viejos veranos de cuatro meses, que no lo eran, en verdad, sino para los menores. Los mayores pasaban esos meses en los que nada podía hacerse en la ciudad, si se pertenecía a la clase superior, ocupándose activamente de los múltiples negocios dependientes de la casa, que eran atendidos debidamente durante esos meses del supuesto descanso.

Entonces el trabajo y el descanso tenían un repartimiento absolutamente peculiar; el cansancio era cosa de los económicamente débiles y de los no pertenecientes a familias nombradas. El descanso era haber de las grandes familias nobles y de las grandes fortunas. Cansarse como cansarse, en esa esfera social sólo se cansaban los raros, los que emprendían cosas nunca antes vistas: instalar saltos de agua, ferrocarriles subterráneos, centros de estudios y de investigaciones, los afectos a nuevos estilos de vivir y de hacer.

De casa a casa, antaño, se trasegaban las grandes familias de la ciudad, mientras en la ciudad las familias pertenecientes teóricamente a la nunca existente burguesía española cerraban a cal y canto los huecos exteriores de sus viviendas, se instalaban en sillas bajitas a lo largo de los pasillones —amplificadores de las voces de los caseros, y otros muchos presuntos cobradores de facturas debidas—y con botijos y tomates, alguna furtiva salida nocturna y resistencia increíble veraneaban *in situ*, sin jamás confesarlo a sus amistades; las cuales amistades también habían pasado la canícula en pasillo, inventando andanzas veraniegas que las señoritas en edad de merecer, hacendosas y modositas, pudieran referir con visos de "propiedades agrarias" al fondo, a los señoritos ociosos de la capital.

Ya pasó semejante estilo de vida.

Hoy la segunda casa no es sino otra casa, hotelillo, *bungalow* o escueto apartamento.

Al pronto—reconózcamoslo—la realidad de la segunda casa, disponible para desahogo del vivir en la ciudad, parece cosa perfecta y sin tacha. En ocasiones ciertamente lo es, ¡qué duda cabe! Y, en ciertos aspectos, nada puede decirse en contra de la segunda casa. Esto es verdad.

Las ventajas de tener un lugar siempre a punto para esas bien o mal aprovechadas vacaciones, pero cada vez más necesarias al hombre de ciudad, ¿quién las ignora, o las minimiza, y no las reconoce? Sin embargo, a mí—y espero que a otras personas asimismo—me parece increíble que se haya llegado a producir el *boom* de la segunda casa, precisamente entre nosotros, ahora, durante estos últimos próximos pasados años. Porque hace dudar seriamente de que estemos en lo que decimos estar, y de que podamos salir nunca de este burbujón enmarañado que es hoy una ciudad. No veo claras señales de que nos guíe a todos un discurrir lógico: ordenación y seriación de nuestro enfrentamiento con los actuales problemas, porque son graves, son vitales y nos incumben a todos nosotros—considero—y no sólo a cuantos pertenecen al ramo de la vivienda. Todos somos responsables, por hombres, de que el vivir sea posible o imposible para otros hombres, máxime si son conterráneos nuestros.

Los hechos los sabemos todos. Sabemos también que no son exclusivos de nuestro país y ni siquiera de nuestra ciudad. Pero tienen lugar, están aconteciendo precisamente en Madrid y ahora. Faltan viviendas para los habitantes de la ciudad. A pesar de todo lo ya hecho, que es muchísimo. A pesar de cuanto está en vías de realización, faltan viviendas para los habitantes de la ciudad.

Con la venia de nuestro particular *pater*, don Alfonso López Quintás, digo que los cristianos tenemos hoy la sensación de que el pecado pasó de moda. Los grandes pecadores—de ambos sexos—producen no admiración, como en otros momentos de la Historia, sino una naturalísima náusea. No parece que nadie haga o deje de hacer cosa alguna porque sea pecado. Se hacen o dejan de hacer las cosas, puesto que sea necesario o improcedente el hacerlas. Sin embargo, hay cosas tan malas a nuestra vera, que si no nos marcan personalmente como pecadores, colectivamente nos señalan como humanos de menguada valía, y cristianos de poco calado. Pues bien, hoy no es admisible una ciudad con suburbios impresentables. Ni tampoco una ciudad con gentes tan apiñadas en las viviendas que para salir a la calle hayan de hacer alpinismo por encima de los felices muebles transformables. Por algún punto cardinal se sale de nuestra ciudad a través de cuatro suburbios: Madrid - chabola, Madrid-basura, Madrid-lata, Madrid-lechuga. ¿Densidad de habitantes por... techumbre en estos cuatro recintos suburbiales? *Increíble*. Y esta cifra baste.

Que el número de pisos vacíos en Madrid sea en este momento pasmoso dice muy a las claras cuál es la situación económica de los habitantes de Madrid que no los ocupan. Son pisos de lujo. Casas construidas

como negocio por particulares en uso de sus derechos. La ayuda que han recibido en la ocasión-casa supongo que es la misma que recibirían para cualquier otro negocio por ellos emprendido. Nuestra sociedad está así organizada, y sin este movimiento de capital, el trabajo se desvanecería. Y el trabajo es tan necesario para el vivir social como el agua para el vivir fisiológico de los organismos.

Lo que a mí no me parece tan claro es que se fomente o se confiera vía libérrima y bien acondicionada para la construcción de unas segundas casas destinadas, se supone, a los habitantes de unas ciudades que no tienen *todavía* casas bastantes para ellos al borde de sus calles. La primera respuesta parece sabida: esta es una sociedad de consumo, etc. Lo que pregunto es si los consumidores del caso somos en verdad cristianos. Lo pregunto porque a mí me parece que se debe ser cristiano. Pero tal vez sea una opinión particular mía y no insisto en ella.

Estas segundas casas son siempre para usuarios de una primera casa en la ciudad, generalmente. Tienen previsto un uso anual de muy pocas semanas. Pero se tolera—y esto no es cristiano ni no cristiano, sino absurdo—que estas construcciones tapien a cal, canto, ladrillo y cemento, la vista de nuestros mares, de nuestras tierras bellas, felicísimamente compuestas por naturaleza, para que durante unos breves días cuatro personas se asomen a mirar un agua—o un monte—que por añadidura tres de ellas no saben ver.

Nada entiendo de números y menos de leyes legisladas. De personas, de conductas, de mar visto, de monte contemplado sí entiendo. Lo mismo que cualquier criatura humana, que acuse en su sensibilidad la existencia de su prójimo, y discurra con lógica acerca de lo que puede hacerse y lo que no puede hacerse, aunque lo hagan "todos", que es el comodín al uso en el día.

Aquí no conviene mezclar al Turismo, que no es responsable de la situación construida. Lo que debe darse al Turismo no puede ni tampoco necesita interferir con lo que debe y ha de darse al habitante continuo de ciudad.

Todo el mundo, al parecer, tiene derecho a una segunda vivienda fuera de la ciudad, y no en la ciudad, salvo casos complicados. Pero hoy día lo que pasa en la ciudad y lo que acontece fuera de la ciudad no son cosas inconexas: responden a la misma economía, tomada la palabra en su latísima acepción.

Vuelvo a decir que todos tenemos derecho a dejar de respirar aire de ciudad—venenoso—y a aspirar aire no contaminado durante un par de semanas de las cincuenta y cuatro que el año extiende gentilmente ante los nacidos. Pero ello no implica el que ese aire puro se haya de respirar en una segunda casa, en una segunda vivienda, construida merced a... y gracias a... Porque esas gracias y mercedes deberían haberse concedido antes para la realización en cemento, y en ladrillo—a gusto del arquitecto proyectador—de primeras viviendas.

Y no digo más del problema social que a mi entender plantea este *boom* de lo que me parece justo llamar segunda vivienda.

Vengo a la Arquitectura de estas segundas viviendas. Es tan fiel, tan constante a las normas exigidas para la fabricación de una arquitectura de consumo... que ciertamente son viviendas pensadas para consumidores mayoristas.

Repito que hay entre estas segundas viviendas construcciones señaladas, que hincan a un hombre en la Historia de la Arquitectura, y señalan varios nombres de arquitectos valiosos hoy, entre nosotros y fuera de casa, por así decirlo.

Cosa malísima me parecen estas casas al por mayor, que crecen en la costa y en el campo, que crecen forzadas por razones absolutamente ajenas al paisaje y a la arquitectura, y aun a la sensatez que debería presidir todo lo hecho hoy, cuando tanto se sabe de arquitectura, de técnica de la construcción y de otras muchas cosas más, convenientes y útiles a la hora de alzar casas.

Ante estas casas, sembradas a voleo en costas y tierras del interior apaciblemente bellas, se tiene la sensación viva de quien las alzó ¡jamás tuvo amor al monte, ni al río, ni al llano, ni al lago, ni al mar, ni a la playa. Ya es cosa inevitable que toda la naturaleza acepte la ley de desaparecer cuando ha sido designada para sede de ciudad. Pero no hay razón, pienso, para cometer injurias de leso paisaje ni para deteriorar lugares porque hayan sido previamente tratados económicamente como "Urbanización..." Urbanizar puede ser peinar el paisaje, pero no arrancarle de cuajo su armonía.

Por añadidura, estas segundas viviendas están todavía más fuera de fase que las ciudadanas con respecto a la onda del vivir que no se detiene. Son casas de ciudad simplificadas, absurdamente reducidas y puestas al aire libre sin más estudio ni preocupación. Ofrecen estas casas en sí mismas problemas análogos a los que nos plantean las casas de la ciudad, problemas que no pueden resolver, tierras adelante, ni costa *arriba* ni costa *abajo*, los municipios correspondientes. (Considérese tan sólo el hecho de las basuras y veamos si en conciencia es tolerable que acontezca lo que acontece con las basuras en demasiadas de estas segundas casas.)

Como es lógico, en estas casas hay que vivir exactamente como en las casas de ciudad, con un estilo de vida que si en la ciudad se soporta por razones explicables, en tierra sin ciudad se contempla con asombro, porque es un estilo ya museable. Sorprende que las personas, usuarios de estas viviendas, no sean sensibles a semejante estado de habitabilidad de las mismas. En efecto, las segundas casas son para las mayorías, esos conjuntos humanos poco sensibilizados, pero dignos de ser mejor tratados.

Las gentes, por una parte, no tienen posibilidad de explicar a los arquitectos cómo desearían vivir; por otra parte, salvo las excepciones del caso, tampoco lo saben. Pero los arquitectos, en contacto directo con las ráfagas del día, sí saben lo que debe entrar en uso y lo que ha de salirse del uso. No pueden, no deberían prescindir de ese su saber.

Tengo a la Arquitectura por arte actualísima, arte del día y esencial en el día. ¿Por qué no es más valientemente decidida? ¿Por qué no da ese tirón de las gentes, que las gentes agradecen al cabo, llegado el tiempo, y empieza ya a dar de vivir en casas contemporáneas de la energía atómica y de otras nuevas posibilidades? La razón de que sea la nuestra una "sociedad de consumo" no parece razón anquilosante para quienes tienen temple y mente capaces de hacer *consumir* a la sociedad en que viven lo mejor y lo debido.